



Participación asociativa, educación y pandemia

Associative participation, education and pandemic

¹ Ayamanda Aheli Gutiérrez-de la Rosa

² Ana Victoria Jiménez-Contreras*

³ Andrea Margarita Sánchez-Leal

Recibido: 27 de mayo de 2021

Aceptado: 7 de julio de 2021

Resumen

El presente artículo tiene la finalidad de invitar a reflexionar sobre el impacto del distanciamiento social en la participación asociativa de niños, en donde se evidencian sus repercusiones en las relaciones inter e intrapersonales, impactando en el desarrollo socioafectivo y cognitivo. Por lo tanto, las posibles consecuencias de la frágil asociación entre niños de preescolar y primaria deben ser diagnosticadas en un retorno a aulas, sea virtual o presencial, y, posteriormente, atenderlas en un trabajo colaborativo por parte de la comunidad educativa, consolidando prácticas que promuevan la interacción simultánea entre los alumnos. [Versión en lengua de señas mexicana](#)

Palabras clave: escuela, familia, ciudadanía.

¹ Es docente de educación preescolar y superior, así como colaboradora en agrupaciones internacionales de educadoras. Actualmente estudia el Doctorado en Política y Evaluación Educativa en la Universidad Pedagógica Veracruzana. C. e.: ayamandagutierrezpresco@gmail.com y tel.: 232 148 8254.

² Es docente del Centro Educativo Siglo XXI "Las Ánimas" (CES XXI) en diferentes niveles educativos y directora escénica. Sus líneas de investigación son teatro-educación y ciudadanía, así como los ejes transversales y colaterales entre las tres disciplinas. Actualmente es directora de la Compañía de Teatro CES XXI y codirectora de Colectivo MILO. C. e.: anajimenez89@live.com y tel.: 228 334 94 39. *Autora de correspondencia.

³ Es maestra en Educación Básica y docente de educación preescolar en diferentes contextos socioculturales y educativos, y con experiencia en desarrollo del lenguaje. Actualmente es catedrática de educación normal en el Centro Educativo Siglo XXI "Las Ánimas" (CES XXI). C. e.: andrealeal88.al@gmail.com y tel.: 228 124 55 11.

Abstract

The purpose of this article is to invite to reflect on the impact that social distancing has had on the associative participation of children, where the repercussions that this has on inter and intrapersonal relationships are evidenced, impacting on socio-affective and cognitive development. Thus, the possible consequences of the fragile association between pre-school and primary-age children are considered to be diagnosed in a return to classrooms, whether virtual or face-to-face, and subsequently attend to them in a collaborative work by the educational community, consolidating practices that promote simultaneous interaction between students.

Keywords: school, family, citizenship.

Introducción

La sociedad ha sufrido diversos cambios derivados de la crisis sanitaria de COVID-19, que ha impactado a todas las esferas sociales. El presente análisis se centra en el ámbito educativo, especialmente de los efectos en la consolidación de participación asociativa en alumnos de educación básica (preescolar y primaria); debido a que evidencia la vida democrática de un estrato social, como es la infancia, y consolida valores, crea identidad personal, favorece la resolución de problemas individuales y colectivos, entre otros aspectos.

En este sentido, es importante mencionar que las relaciones familiares han sido trastocadas al interior de los hogares, pues la escuela se ha trasladado a salas, habitaciones, patios, cocinas o comedores de casa. Esta situación, que de manera superflua pareciera poco impactante en el ejercicio del aprendizaje, ha implicado para maestros, alumnos y tutores un cambio de paradigma sustancial, en donde las relaciones interpersonales se han modificado drásticamente.

Al respecto, es necesario considerar que el hogar es el primer espacio en donde se desenvuelve el alumno. En él empieza a crear lazos de amor, confianza, afecto, seguridad e identidad en él mismo y con los integrantes que lo conforman. Dichas características se transforman cuando el niño asiste a la escuela; su mundo cambia, desde la rutina, la manera de comportarse y socializar.

La convivencia entre padres y docentes comienza para beneficiar la formación de los futuros ciudadanos; sin embargo, frente a medidas como el distanciamiento social, la participación asociativa en la infancia presenta una condición de fragilidad. Al respecto, Corvera (2014) menciona que “la naciente participación infantil que se ha dado representa un importante cambio si se tiene en cuenta que, en general, las niñas y niños no han tenido instancias donde expresar sus opiniones sobre los fenómenos ciudadanos” (p. 194). No se debe olvidar que formar ciudadanía, desde tempranas edades, es tarea educativa.

Por esta razón, al mencionar la palabra *pandemia*, no se pondrá especial atención al padecimiento de salud física, sino a una serie de secuelas en las relaciones sociales, y que pareciera extenderse a la formación de los alumnos. Frente a esto, los maestros deben propiciar actitudes, valores, conocimientos y habilidades que les permitan asociarse aún en tiempos difíciles.

El presente trabajo pretende propiciar la reflexión de los docentes respecto a la importancia de la participación asociativa en los niños y la comunidad educativa, con el objetivo de replantear las propuestas de intervención al interior de cada aula en un posible retorno escolar o en la continuidad del trabajo a distancia, tratando de construir ambientes democráticos de aprendizaje.

Desarrollo

El cierre de espacios escolares como medida de mitigación del esparcimiento del virus SARS-COV-2 (COVID-19), ha obligado a la comunidad educativa a transformar sus dinámicas. En este sentido, se ha visto permeado el trabajo de docentes, la estructura interna de los hogares y el proceder de cada alumno, es decir, todos los agentes que contribuyen al logro de la tarea educativa, como se mencionó anteriormente.

La escuela como institución es, entre muchas cosas más, una oportunidad para consolidar y propiciar la participación asociativa en los alumnos, misma que se sostiene de la relación del individuo con él mismo y los demás. Estas relaciones son fundamentales para el desarrollo humano; por ejemplo, en la infancia, la relación del ser humano interpersonal arroja elementos enriquecedores para la intrapersonal. Entre los “cinco y siete años existe una transición en la for-

mación del autoconcepto, esta formación del yo tiene un aspecto social: los niños incorporan en su autoimagen su comprensión cada vez mayor de cómo los ven los demás” (Papalia, Feldman y Martorell, 2012, p. 252).

De igual manera, la autoestima juega un papel trascendental, ya que funge como parte evaluativa en el niño para valorarse a sí mismo; además, regula y promueve su motivación con respecto al aprendizaje para forjar la comprensión y regulación emocional. Por lo tanto, en esta etapa, el individuo aprende a viajar de lo individual a lo colectivo, situación fundamental para el desarrollo del aprendizaje, pues “toda actividad, originada al interior de un colectivo, culminará por incidir sobre la construcción de las funciones superiores y algunos procesos solo pueden ser generados en actividades y procesos de socialización específicos” (Ruíz y Estrevel, 2010, p.140).

Ahora bien, la participación ciudadana tiene una cualidad asociativa, es decir, la conducta demostrable: asociarse. El trabajo de Vergara-Lope y Hevia (2012) concreta cuatro dimensiones que se entrelazan para reflejar la actividad del ciudadano, en este sentido, se encuentra la electoral, opinativa, asociativa y cívica.

Entonces, la dimensión asociativa tiene que ver con “la actuación de un grupo de personas [con personalidad jurídica o no], sin fines de lucro y que no sea del Estado, en donde se comparten intereses y objetivos iguales o similares en relación al tema que los convoca, en búsqueda de beneficio tanto individual como colectivo” (Rotino, Urrea y Ledezma, 2000, p. 162). En el contexto descrito, la función asociativa es ventajosamente limitada en la población infantil, ya que sus oportunidades de colaborar con otros

quedan en manos de un adulto, que de acuerdo con sus posibilidades propiciará la participación.

En este sentido, la fragilidad en la formación de vínculos inter e intrapersonales “pone en riesgo el derecho a la libertad de asociación que en sí mismo es propio de la infancia” (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 2010, p. 4). Por ello, la educación es fundamental respecto a la ciudadanía y sus diversos tejidos que la forman, tanto individual como colectivamente, pues la infancia es una parte de las esferas sociales que constituye la fuerza de un pueblo.

Este panorama deficiente sobre asociación invita a investigar la concepción de ciudadanía desde la infancia; debido a que esta edad pareciera quedar imposibilitada frente al adulto-centrismo en su accionar social, pues las prácticas participativas a las que la niñez tiene acceso dependen en gran medida de la oferta sociocultural de su contexto.

Por lo tanto, al limitar esta práctica por razones de sanidad, “se corre el riesgo de caer en prácticas participativas tradicionales que promueven el adulto-centrismo, agravando los problemas de desigualdad” (Serrano, Ochoa y Arcos, 2019, p. 4). Debido a que la posibilidad de relacionarse colaborativamente entre niños es importante para el resguardo de su salud, los docentes requieren de intervención para incentivar esta participación aun en la distancia, así como considerar las condiciones contextuales de cada alumno o grupo, una tarea difícil, mas no imposible.

A partir de lo señalado en el párrafo anterior, el distanciamiento ha afectado los sistemas ecológicos en los que se encuentran inmersos los alumnos de educación básica: desde los microsistemas,

temas, hasta el macrosistema (Bronfenbrenner, 1974). Esto se debe a que los niños permanecen más tiempo en casa con cuidadores primarios o solos, teniendo mayor tiempo de interacción con dispositivos (pantallas, móviles, portátiles), sin mencionar que la situación también ha evidenciado disparidad social; por ejemplo, algunos niños tienen sesiones de aprendizaje escolar virtual y otros no, por diferentes circunstancias.

Ante la siguiente afirmación: la sociedad es dinámica, cobra sentido, pues somos seres individuales dentro de una colectividad que se afecta recíprocamente, surgen las preguntas ¿qué pueden hacer los docentes al respecto?, y ¿se está a la deriva frente a estragos socioemocionales y cognitivos irreparables en los niños y adolescentes? Sin duda alguna, se ha requerido realizar cambios constantes en las prácticas educativas, propiciando permanente innovación para formar ciudadanos que enfrenten, establezcan y mejoren aquello que los rodea.

En este sentido, pese a que no es posible prever o adivinar lo que puede o no pasar en un futuro, se puede comenzar por formar alumnos que tengan conocimientos, habilidades, pero, sobre todo, actitudes y valores que los concienticen sobre la manera más proactiva de desenvolverse en su entorno, sabiéndose individuos dentro de una comunidad y concretando que sus acciones impactan tanto como las de un adulto. Por lo tanto, es importante que los docentes reflexionen, investiguen y actúen sobre el hacer desde su trayecto profesional, para modificar lo necesario al interior del aula (virtual o presencial), favoreciendo y construyendo relaciones democráticas en los alumnos.

Un aspecto importante es la formación de actitudes prosociales, porque atraen el interés por adquirir contenidos conceptuales y procedimentales, permitiendo resolver y desenvolverse en las diversas situaciones a las que los individuos puedan enfrentarse. Si se tiene clara la “determinación de las finalidades que ha de tener la enseñanza o la función social de esta al seleccionar cada uno de los contenidos o las disciplinas a enseñar dentro de las aulas” (Zabalza, 2000, p. 134), se estará en posibilidades de crear condiciones óptimas para el aprendizaje, teniendo al alumno en el centro del proceso educativo.

En primer lugar, es trascendental que los docentes observen y registren la realidad contextual en cuanto a distanciamiento social; en segundo lugar, es necesario incorporar la afectación socioemocional frente a la débil asociación en niños como una realidad fundamental a considerar, para que, posteriormente, trabajen desde el conocimiento situado como estrategia, es decir, enseñar la utilidad de las actitudes, valores, conocimientos y habilidades en la vida, a través de experiencias que permitan a los alumnos construir y aplicar el conocimiento sobre su entorno, retroalimentándose de las experiencias de sus pares y asociándose para gestionar acciones corresponsales.

De esa manera, podrán comprender su relevancia, pues “el conocimiento es situado, porque es parte y producto de la actividad, el contexto y la cultura en que se desarrolla y utiliza” (Díaz, 2006, p.19). En este sentido, se deben considerar las condiciones de aprendizaje remoto de cada estudiante, porque si algo tienen en común es que son diversas.

Sin embargo, estas pequeñas y significativas acciones mencionadas no pueden eludir la incorporación de un agente educativo más. Ya se ha pensado en las repercusiones en el alumno siendo el protagonista de su aprendizaje; posteriormente, en el docente que labra minuciosamente condiciones óptimas en el proceso educativo escolarizado; ahora bien, es turno de reflexionar sobre la vinculación de la familia o tutores.

Como se ha mencionado, el involucramiento de las familias en el trabajo a distancia ha sido un eje con áreas de oportunidad; se han creado diversas estrategias de comunicación y trabajo constante para la continuidad de la educación de los alumnos. Scola (como se citó en Razeto, 2016) menciona que la familia es un lugar educativo, “una comunidad de amor y solidaridad insustituible para la enseñanza y transmisión de valores culturales, éticos, sociales, espirituales, esenciales para el desarrollo y bienestar de los propios miembros y de la sociedad” (p. 7).

Dicho lo anterior, la familia es la primera escuela que forma al niño con todas sus cualidades y esencias. Al respecto, Razeto (2016) menciona que la escuela se presenta como institución educativa formal de larga data, tradición y relevancia, que complementa la misión de la familia, al especializar y profundizar la educación del niño en un contexto colectivo; por lo que esto conduce a una reafirmación del papel que debe fungir la escuela y la familia. El Ministerio de Educación de Chile (2018) comparte un dato acerca de las acciones que dan resultados con las familias:

El interés por establecer alianzas entre los centros educativos y las familias, dirigidas al desarrollo y aprendizaje de niños y niñas, representa un objetivo de larga data, sin embargo, esto no quiere decir que se trate de un desafío ya resuelto por el nivel. Efectivamente, tal como las formas de comprender la niñez han cambiado en Educación Parvularia, también se han visto modificadas las formas de aproximarse a la noción de familia (p. 22).

Asimismo, según Delgado (2019), el involucramiento de los padres es la clave para el desarrollo de los alumnos, beneficiando el rendimiento académico. Aunque también hay desafíos frente al tema, como la disposición del tiempo para asistir a los eventos escolares o reuniones por parte de los padres, cuando se pone en riesgo la jornada laboral que tienen para el sostenimiento de sus hogares. Por lo anterior, ¿cuál podría ser la forma idónea para establecer vínculos con los padres de familia para que la educación a distancia o el retorno seguro a las aulas sea corresponsal con las necesidades asociativas de los alumnos?

Sin lugar a duda, lo primero que debe considerarse es la real y latente situación de cada familia. Es necesario concientizar al colectivo docente y administrativo sobre las posibles dificultades que se han experimentado en poco más de un año y medio al interior de los hogares, y que impactan en la relación individual y colectiva del alumno; en segundo lugar, se debe proceder en cualquier modalidad educativa con prudencia, paciencia y empatía, ya que se ignora la conducta asociativa que mostrará cada alumno al observar cara a cara a sus compañeros. Así, es necesario

construir un diagnóstico puntual sobre el flujo de relaciones áulicas y el estado socioemocional del alumno en los meses y, quizá, ciclos escolares por venir.

Conclusión

¿Cómo activan los niños su participación asociativa en la resolución de problemas en tiempos de pandemia? La respuesta es tan amplia como las condiciones contextuales de cada alumno. Por lo tanto, cada docente deberá considerar que la primera asociación que debe surgir es la del alumno-docente-tutor, para resolver las consecuencias adquiridas de la frágil participación asociativa a la que se ha tenido acceso.

Para hacer frente a estos cambios, se debe entender que las relaciones socioemocionales –donde la comunidad educativa asuma a la infancia como esfera social trascendental que en sí misma requiere atención– son una red de apoyo fundamental. La participación asociativa puede propiciar que niños, docentes y padres de familia construyan condiciones que beneficien el aprendizaje aun estando en una situación de deriva, pues, en vista de la vertiginosidad de los cambios contextuales, quizá sea importante educar al interior de las aulas bajo la concepción de deriva. Así como las naves en el mar cambian su dirección por efecto del viento, la comunidad educativa ha tenido que hacerlo, situación que, dicho sea de paso, ha atraído valiosos aprendizajes.

Recurrir a formar vínculos empáticos a partir de la asociación es una tarea que prudentemente debe verse bajo la certidumbre del humanismo, donde se puede intuir que otro

humano espera en la deriva, es decir, saber que no está solo. Esta acción ya es en sí misma una estrategia para hacer frente a la contingencia.

A partir de esto, sería importante comenzar a conceptualizar la forma en que las escuelas propician que docentes, padres de familia y niños se conjunten para aprender aquello que les ayudará a enfrentar las distintas situaciones presentadas dentro del dinamismo social. La asociación no es exclusiva de los alumnos, también atañe a la comunidad que le rodea en su proceso de aprendizaje; de esta manera, se camina haciendo frente común.

Uno de los enfoques pedagógicos sugeridos para contrarrestar los efectos de la falta de asociación es ofrecer experiencias desde un aprendizaje situado: el aprendizaje basado en el servicio propuesto por Díaz-Barriga (2006). Este se define como aquel en el que los estudiantes aprenden y se desarrollan a través de tener un papel activo dentro de experiencias que tengan como objetivo el servicio en o para la comunidad donde se desenvuelven o habitan.

Como docentes, es necesario reafirmar que los alumnos requieren de un papel participativo para la construcción de su aprendizaje. Para esto, es relevante ofrecerles escenarios donde aprendan aplicando el conocimiento, desarrollando las

habilidades y mostrando las actitudes necesarias no solo para su bienestar, también para el de aquellos que los rodean. Por lo tanto, se necesita incluir en estos escenarios a los contextos familiar y social, pues les brindará la oportunidad de aprender en y desde la escuela, a través de una enseñanza coordinada con los padres de familia que, en conjunto con el docente, les permitirán contribuir a la mejora de las diversas situaciones que se presenten en su entorno, y asumir en su actitud un compromiso y papel activo para enriquecer las condiciones que los rodean.

Si en conjunto se logra crear situaciones que permitan a los alumnos vincular su pensamiento a la acción recíproca, se podrá comenzar una transformación donde se construyan, practiquen y cambien conocimientos labrados en la interacción individual y colectiva, así todos se verán beneficiados. ♦

Agradecimientos

Al equipo de trabajo y a los conflictos propios de la vida misma; sin ellos no podríamos reflexionar, analizar o, como en este caso, colaborar entre docentes para emerger entre el caos y el orden, como un ave fénix.

Referencias

- Bronfenbrenner, U. (1974). *La ecología del desarrollo humano. Cognición y desarrollo humano*. México: Paidós.
- Corvera, N. (enero-abril, 2014). Niñas y Niños de Rosario y Montevideo: la voz de una nueva ciudadanía. *EURE*, 40(119), 193-216. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/196/19629136013.pdf>

- Delgado, P. (21 de octubre de 2019). La importancia de la participación de los padres en la enseñanza. *Observatorio. Instituto para el Futuro de la Educación*. Recuperado de <https://observatorio.tec.mx/edu-news/la-importancia-de-la-participacion-de-los-padres-en-la-educacion>
- Díaz-Barriga, F. (2006). *Enseñanza Situada: Vínculo entre la escuela y la vida*. México: Mc Graw Hill. Recuperado de <https://www.uv.mx/rmipe/files/2016/08/Ensenanza-situada-vinculo-entre-la-escuela-y-la-vida.pdf>
- Ministerio de Educación. (2018). *Orientaciones para Promover la Participación e Involucramiento de las Familias en Educación Parvularia*. Chile: Autor. Recuperado de <https://parvularia.mineduc.cl/wp-content/uploads/sites/34/2018/03/Promoci%C3%B3n-de-Familias.pdf>
- Organización de las Naciones Unidas. (2010). *Los derechos de la infancia en la era del internet. América Latina y las nuevas tecnologías*. Chile: CEPAL-UNICEF.
- Papalia, D. E., Feldman, R. D., y Martorell, G. (2012). *Desarrollo Humano*. México: MacGrawHill.
- Razeto, A. (2016). El involucramiento de las familias en la educación de los niños. Cuatro reflexiones para fortalecer la relación entre familias y escuelas. *Revista Páginas de Educación*, 9(2), 1-26. Recuperado de <http://www.scielo.edu.uy/pdf/pe/v9n2/v9n2a07.pdf>
- Rotino, A., Urrea, E., y Ledezma, T. (enero-julio, 2000). Midiendo lo social: propuesta para construir un índice de participación. *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, 6(1), 161-188. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/364/36400109.pdf>
- Ruíz, E., y Estrevel, B. (2010). Vigotsky: La escuela y la subjetividad. *Pensamiento Psicológico*, 8(15), 135-146. Recuperado de <https://xdoc.mx/documents/vigotsky-la-escuela-y-la-subjetividad-5ea49f0eb0a28>
- Serrano-Arenas, D., Ochoa-Cervantes, A., y Arcos-Miranda, E. (julio-diciembre, 2019). Conceptualizaciones, perspectivas y referentes de la participación en la educación primaria, México. *Revista latinoamericana de ciencias sociales, niñez y juventud*, 17(2), 1-22. doi: <https://doi.org/10.11600/1692715x.17202>
- Vergara-Lope, S., y Hevia, F. (2012). Para medir la participación. Construcción y Validación del cuestionario Conductas de Participación. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 57(215), 35-67. Recuperado de <http://www.revistas.unam.mx/index.php/rmcpys/article/view/34628>
- Zabalza, A. (2000). *Organización de los contenidos de aprendizaje*. España: Narcea.